

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.ª, 1.ª

Paquete de 30 ejemplares	1'00 peseta
Suscripción: España un trimestre	1'00 »
» Extranjero »	1'50 »

Huelga general en Barcelona.—Huelga minera en Vizcaya

En Barcelona

Barcelona, la Barcelona trabajadora, este pueblo que jamás ha negado su apoyo a los trabajadores que luchan por sustraerse de la infame explotación de que son objeto, no podía permanecer impasible ante la titánica lucha que sostienen los mineros vizcaínos, y si antes no realizó ningún acto que demostrara sus simpatías por los compañeros huelguistas, fué debido a la desorientación que en Bilbao reinaba por efecto de la perniciosa intervención que habían tenido los elementos políticos.

Pero bastó la noticia de que se había declarado la huelga general en Bilbao y otros puntos, y más que nada la declaración del gobierno de que se disponía a enviar más tropas a Bilbao para contener a los huelguistas, para que la clase trabajadora organizada creyera llegado el momento de intervenir en el litigio declarando la huelga general como prueba de solidaridad a nuestros hermanos mineros, y cuyos resultados inmediatos habían de ser obligar al gobierno a que fijara su atención en Cataluña para impedirle que movilizara fuerzas en esta región, en Valencia ni en Andalucía, con destino a Vizcaya.

En este sentido, pues, Solidaridad Obrera, que entiende que no debe reparar en sacrificios de ninguna clase, y luchando contra la campaña rastrea de los miserables que llamándose protectores del obrero, no lo son sino a condición de que éste permanezca en un estado de sumisión e imbecilidad impropia de los tiempos actuales, luchando contra esta campaña de modo que llegó a los límites de lo inconcebible, convocó reunión de delegados, y en la noche del sábado, día 3, quedó proclamada la huelga general.

Pero parte de la prensa burguesa; esa prensa llamada radical y que pretende ser árbitro de los destinos de Barcelona; esa prensa que llamándose defensora del obrero y republicana dobla el espinazo para recoger las migajas sobrantes de la orgía burguesa y recibe órdenes de los gobiernos de la monarquía; esa prensa que llamándose revolucionaria conduce a sus mesnadas solamente por el camino del servilismo y de la franchela; esa prensa que por espíritu de clase es enemiga de la clase obrera organizada, y que no puede avenirse con el gran desarrollo del sindicalismo autónomo, que desecha toda tutoría política o religiosa, arrojó la careta liberal con que cubría su rostro y proclamó, con un cinismo inaudito, que la huelga general sería perjudicial para los mineros y que los obreros sindicados iban engañados.

Y esto lo decían ellos, los eternos mixtificados de la verdad, los que se enriquecen sin poseer la virtud del trabajo, ni siquiera la del talento, aquellos cuya fuerza moral no resiste al más ligero exámen, y que no conociéndoseles un medio de vida que produzca tal crecimiento en su fortuna, hay que suponer que aparte de su improductiva labor de periodistas ejercen la productiva de confidentes de policía de alta categoría.

Viendo que a pesar de la campaña insidiosa el paro general fué un hecho hasta el extremo de que no se publicó ningún periódico en la mañana del lunes, se publicó una hoja asquerosa y llena de embustes, bajo cuyo pseudónimo de «Un grupo de obreros» aparecía la risible caricatura de cuatro holgazanes—número exacto—cuya conducta moral de alguno de los cuatro, produce náuseas.

Podemos asegurar que la publicación de dicha hoja ha sido obra de los empresarios de las funciones teatrales que se organizan en honor de un hacendado americano a quien encasillaron en la candidatura del partido radical, y como la huelga general podía estropear las combinaciones financieras de los que esperan al nuevo Creso para mejorar su condición, ha sido preciso apelar a todos los medios para salvar las pesetas comprometidas.

Fué tal la importancia del páro, digan lo que quieran las notas del gobierno civil, que a no haberse recibido las noticias del decaimiento de las huelgas de Bilbao y Zaragoza, la tarde hubiera terminado con el paro absoluto y *La Publicidad* y *El Progreso* hubieran tenido que guardar su bilis para mejor ocasión.

Sin tiempo para anunciarlo públicamente, y por acuerdo del Comité de huelga, se celebró un mitin en el teatro de la Marina, en la noche del lunes, y aunque estaba convo-

cado para las diez de la noche, a las nueve estaba ya lleno el amplio local y era materialmente imposible dar un paso por él. Los corredores, las localidades altas, el espacio entre butaca y butaca, el escenario, todo era aprovechado por los millares de trabajadores que hacían acto de presencia para dar el más solemne mentís a esa prensa burguesa cuya historia está llena de ruindades y bajezas.

A pesar de los jardines y condiciones de ventilación del teatro, la atmósfera era irrespirable, por lo que antes de la hora anunciada ocupó la mesa el Comité de huelga, dando principio al acto.

Todos los compañeros ensalzaron la necesidad de la huelga general, como única arma revolucionaria, y fustigaron duramente a los que sin ser obreros quieren erigirse en consejeros y directores del proletariado: Se demostró que entre los partidos políticos no hay distinción ninguna, y que así Maura, como Canalejas y Lerroux, sólo son representantes de la burguesía.

—Hay una línea divisoria—decía un compañero—que separa a los partidos políticos de los obreros organizados—y esta línea es la lucha de clases que nos divide a todos en dos bandos; en explotadores y explotados.

Se puso al desnudo a los autores de la hoja y produjo gran sensación al conocer el nombre del *cuarteto* que se ocultaba vergonzosamente con el nombre de «Un grupo de obreros.»

La prensa burguesa, cuyos representantes permanecían ocultos entre el público, tal vez avergonzados de su conducta, llevó su merecido, lo que no creemos que sea obstáculo para que vuelvan a las andadas siempre que se lo paguen bien.

Al final del mitin se desarrolló un espectáculo grandioso que podemos calificar de apoteosis de la huelga general.

Como durante el mitin se anunció que el próximo lunes, si antes no se resolvían las huelgas que tiene pendientes la Unión Metalúrgica, irán a la huelga general del oficio 16.000 obreros metalúrgicos, el compañero que presidía les hizo ver que tal vez dichos compañeros necesitaran el concurso de los demás obreros y de una manera clara concretó su pregunta en estos términos: «Estáis conformes en que siempre que se crea oportuno se declare la huelga general revolucionaria y estáis dispuestos a secundarla?»

Un ¡sí! atronador repetido tres veces fué la contestación del numeroso público congregado en el teatro de la Marina.

Bien pudieron convencerse los eternos destructores de la clase obrera organizada de que ni ellos ni su prensa representan a los trabajadores y que éstos, desengañados de que durante nueve años no han hecho otra cosa que desempeñar el papel de comparsas en la comedia política que sus jefes representan, reconocen que su puesto de honor no está al lado de esa granjería que crece y medra a costa de su candidez y buena fe, sino al lado de sus compañeros que sin aspirar a concejalías ni empleos, luchan en defensa de los intereses de la clase en general, que son sus propios intereses.

Si esta gente tuviera siquiera un momento de sinceridad declararía que los millares de trabajadores que acudieron al mitin y los millares que por no haber en el local esperaban en sus alrededores, estaban completamente identificados con el acuerdo de la huelga general la que si se hubiera crujido necesario continuar, el martes hubiera sido secundada en todos los centros fabriles de Cataluña.

Y tengan presente los obreros de Bilbao, como los de Zaragoza y del mundo entero que en la región catalana no han amenguado en nada los sentimientos de solidaridad y de altruismo en favor de los que luchan por ideales de dignidad y de justicia, por los que están dispuestos a llegar hasta el sacrificio.

En Vizcaya

La insolidaridad política

La huelga de los mineros vascos habrá tenido, entre otras, la propiedad de demostrar de modo evidéntísimo que los cabildos de los políticos serán siempre un estorbo para el éxito de cualquier movimiento obrero que se intente para contrarrestar las explotaciones capitalistas. El curanderismo mata. Y en esta huelga ha habido exceso de curande-

ros. A priori podía adivinarse que tanto cabildo republicano-socialista introduciría la vagilación y la consiguiente falta de cohesión en las fuerzas obreras, haciéndolas desaprovechar aquel momento oportuno que determina la rapidez del éxito.

Hay en la región vasca un fuerte núcleo obrero dispuesto a todos los combates de energía y de decisión—¿no lo demostró acaso la anterior huelga general para conseguir la supresión de las cantinas?—hay allí una fuerte minoría obrera capacitada de la necesidad de desplegar una enérgica é intransigente resistencia a las demasías explotadoras de un patrono soberbio y tan estúpido que ni comprende que para la buena marcha y ordenación de sus pingües negocios es mejor transigir, tal como le aconsejaban los burgueses gobernantes, que resistirse a las justas demandas de tiempos que principian a no estar por soberbias de la arbitrariedad y del privilegio.

Pues bien; a pesar de esta positiva base de combate, de un combate que, dada la fuerza de que disponía la minoría obrera partidaria de la huelga general, podía haberse librado sobre un terreno exclusivamente de lucha de clases, la intrusión de los políticos socialistas ha estado a punto de dar al traste con la decisión y energía que revelaba la primera votación—20 votos contra 4—en pro de la huelga general de todos los oficios de Bilbao en demostración de solidaridad hacia los mineros. Los cabildos que precedieron a la segunda votación—17 votos contra 13—contraria a la huelga general son muy significativos. La intrusión de los políticos socialistas quiso deslizarse en esta huelga—así lo prometieron, por lo menos, los individuos de la «comisión obrera socialista de la Casa del Pueblo de Madrid, el gobernador civil, antes de salir para Bilbao, —quiso deslizarse, repetimos, en esta huelga, aquellas «cordura y sensatez» tan queridas de los gobernantes, de los patronos y de los plumíferos a sueldo de éstos y que éstos no practican nunca, como así lo ha evidenciado el último acuerdo de patronos mineros negándose a conceder hasta aquella misérrima media hora que de ellos había recabado el señor Merino.

Se comprende perfectamente esta actitud de los delegados madrileños, justamente fustigada por la Federación Obrera de Zaragoza, actitud más que canalejista, puesto que el Gobierno, hizo, al fin y al cabo, a su modo y en los primeros momentos, una presión sobre los patronos, sin perjuicio de apalear más tarde en las calles a los huelguistas y encarcelarles porque no se sometían, aprisa y corriendo, como quisieran los patronos mineros, a la intransigencia de estos señores defraudadores del Estado que tan bien les apoya con los mausers. Se comprende, sí, perfectamente la actitud de los discípulos de Paulino Iglesias haciendo presión para que depusieran su energía los obreros bilbaínos. Una huelga general como la que se proyectaba, parecida a la anterior a que aludimos al principio, trae aparejados disturbios y responsabilidades que no convienen a los *leñeros* del socialismo a la vainilla. Reservan todas sus energías, toda su «lucha de clases» para la contienda electoral que les favorece; pero para las contiendas puramente económicas todo se les vuelve predicar manse-dumbre y transigencia. Energía y hasta violencia y *outrance* para vencer en los comicios; para vencer al patrono no hacen falta. El cabildo basta y sobra para conquistar aires de indispensable director de movimientos obreros; para conquistar renombre que mañana la vanidad y la ambición política harán valer en los complacientes encasillados ocultos de los gobiernos, para conquistar prestigios de redentores que únicamente a los tontos y a los esclavos pueden deslumbrar, jamás a los hombres libres movidos por ideas y no por personas. Bien, sea, ya que así les gusta a gentes que están a partir un piñón con los gobiernos liberales de la burguesía. Han demostrado que les interesa mucho más el orden que facilita la plácida explotación burguesa, que la turbulencia obrera que habría pulverizado todos sus cabildos y consiguientes prestigios personales. Sin la intervención de la Federación Obrera de Zaragoza y, seguramente, sin la determinante de la última negativa patronal, probablemente se habrían salido con la suya en todo y por todo. La tercera votación favorable a la huelga—11 votos contra 5—ha robustecido algún tanto el criterio de acción directa revolucionaria que se abría paso

desde el principio, pero ¡qué pérdida de tiempo y de oportunidad! Si la masa, muy propensa a todas las sugerencias de la charla política hubiese sido más sindicalista que política, más obrera que rebaño electoral, otro habría sido el cantar final, y aquel hermoso ejemplo de solidaridad que se dió con el reparto de los niños de los huelguistas, habría sido coronado con otros ejemplos de valentía y decisión oportunas que habrían hecho comprender desde un principio a la burguesía patronal y gobernante que tenía enfrente hombres conscientes de su interés y de su derecho y no vacilantes maniqués como se mostraban al principio. En cambio, véase: huelga «a la inglesa», ya han llamado y los recursos económicos han escaseado teniendo que recurrirse hasta a la denigrante mendicidad callejera del que ignora que todo lo que ha producido es suyo y no de la burguesía, demostrándose la impotencia de los ochavos obreros frente a la fuerza de los capitales patronales que, perdiendo ó no perdiendo ingresos durante el período de huelga, en las cajas están intactos sosteniendo la vida de los patronos mientras pelagra la de los obreros.

No, la masa obrera, si por un momento entrevió esto por la mirada de su minoría activa y enérgica, no lo vió bien claro para llevar al terreo de la lucha procedimientos adecuados para vencer la doble resistencia económica y material de la burguesía. No vió bien desde un principio que un estado de fuerza burguesa no se vence cruzándose simplemente de brazos. Para los anarquistas, para los sindicalistas, la lección no es desaprovechable. Falta allí propaganda que contrarreste para lo sucesivo las medias tintas deslizadas por la traidora verborrea de los políticos de todo calibre y color. Falta aún propaganda de este sindicalismo autónomo que habitúe al obrero a luchar sin intermediarios, cara a cara con sus patronos; que le habitúe a tener iniciativas y energías propias y no de préstamo solicitadas a los charlatanes del parlamento; que le habitúe a confiar únicamente en sí mismo, a emplear los medios de resistencia que una unión de clase le daría y no le ha dado la desunión producto del rivalismo político.

La gaveta de los burgueses no entiende de razones plácidas. Es sorda con la sordera del que no quiere oír. No está dispuesta a que le arrebaté el proletariado la dirección y administración de la producción. Sabe que su terquedad no tiene razón, pero sabe que tiene la fuerza, esta fuerza material que le presta la misma ignorancia obrera, y de ahí sus naturales intrascigencias.

Y de ahí también el empeño de toda la burguesía en bloque, desde el potentado capitalista hasta el último pega-fajas de la prensa burguesa, pasando por todo el arco iris de la camaleonada política, socialista inclusive, de ahí su empeño, repetimos, en predicar, querer y mantener «orden», «cordura», «reformas», «leyes» y «arbitrajes», que son otros tantos respetos al privilegio burgués, respetos a la propiedad burguesa, respetos a la mandonería burguesa, respetos a todo esto tradicional de que el obrero muere víctima en la mina, en el taller, en el mar y en el terruño.

Con tanto respeto y acatamiento a lo que conviene a la burguesía, el proletariado no se emancipará. Continuará esclavo. Los antepasados de la actual burguesía poseedora hicieron una revolución para emanciparse del feudo y de la nobleza y no observaron tantos respetos como sus descendientes aconsejan. Inútil es que éstos digan ahora que se cerró para siempre el período revolucionario y que al amparo de la legalidad, de su legalidad, el obrero puede conseguir lo que quiera. El obrero tendrá que abrir nuevamente el período revolucionario si quiere realmente emanciparse.

Con estas estúpidas reformas y mejoras obreras aconsejadas insistentemente por los intelectuales de la burguesía y del socialismo gubernamental, el proletariado no se encamina a su emancipación, antes al contrario, refuerza y consolida el privilegio económico burgués. Convienen ya en ello con los anarquistas los mismos socialistas asqueados de la farsa parlamentaria. Son reformas pasajeras y evaporadas que no pueden anular la economía burguesa, que se burla de ellas y por esto las aconseja, y que no conducen a una transformación de la sociedad. Este reformismo es, como dice el socialista Weiss, el socialismo de los impro-